

Desde el principio, gatos.

Gatos, por todas partes.

En realidad, no podía verlos: tenía los ojos abiertos, pero cuando los gatos estaban cerca solamente percibía formas cambiantes en la penumbra. Pero sí los podía oler: los olía con tanta claridad como olía a mi madre mientras me alimentaba, o como olía a mis hermanos, que se revolvían a mi lado mientras me abría paso para conseguir la leche que me daba la vida.

Yo no sabía que eran gatos, por supuesto. Únicamente sabía que eran criaturas diferentes a mí, que se encontraban en nuestro cubil, pero que no intentaban alimentarse conmigo. Más adelante, cuando llegué a ver que eran pequeños, rápidos y ágiles, me di cuenta de que no solo eran «no-perros», sino que eran una clase de animal específico y diferente a nosotros.

Vivíamos juntos en una casa fría y oscura. La tierra seca sobre la que apoyaba el hocico desprendía unos olores exóticos y antiguos. Me encantaba olerlos, llenarme la nariz de esos aromas profundos y aromáticos. Encima de nosotros, el techo de madera desprendía un polvo que quedaba suspendido en el aire; era un techo tan bajo que cada vez que mi madre se ponía en pie en la suave depresión de tierra compacta que for-

maba nuestro lecho para alejarse de mí y de mis hermanos (que chillábamos como protesta y nos apretábamos los unos contra los otros en busca de amparo), su cola casi tocaba las vigas. No sabía a dónde iba mi madre cada vez que se marchaba; solamente sabía que nosotros nos sentíamos muy ansiosos hasta que regresaba.

La única fuente de luz del cubil procedía de un solo agujero cuadrado en el extremo más alejado. A través de esa ventana el mundo vertía asombrosos olores de cosas frías, vivas y húmedas, de lugares y de objetos mucho más embriagadores que los que podía oler en nuestro cubil. Pero, a pesar de que de vez en cuando veía a algún gato salir al mundo a través de esa ventana, o regresar de algún lugar desconocido, cada vez que yo intentaba arrastrarme hacia allí, mi madre me hacía retroceder a empujones.

8 Mientras mis patas se fortalecían y mi visión se iba haciendo más aguda, me dedicaba a jugar tanto con los gatitos como con mis hermanos. Solía elegir a una familia de gatos que se encontraba en la parte trasera de nuestra casa común, con dos gatitos pequeños que se mostraban especialmente amistosos y cuya madre me daba un lametón de vez en cuando. Yo la llamaba Mamá Gato.

Y cuando ya llevaba un buen rato jugando alegremente con los pequeños felinos, aparecía mi madre para llevarme, agarrándome por la nuca para sacarme de entre el montón de gatos. Cuando me dejaba entre mis hermanos, estos siempre me olisqueaban con suspicacia; estaba claro que no les gustaba ese olor a gato.

Así era mi divertida y maravillosa vida. Y, la verdad, no tenía ningún motivo para sospechar que algún día cambiaría.

Un día, me encontraba mamando, medio adormilado y oyendo los sonidos que emitían mis hermanos mientras ha-

cían lo mismo que yo cuando, de repente, mi madre se puso en pie de forma tan inesperada y rápida que me levantó con ella y caí al suelo.

Al instante supe que sucedía algo malo.

El pánico llenó el cubil, estremeciendo como una brisa el lomo de los gatos. Todos ellos se precipitaron hacia la parte posterior; las madres pusieron a salvo a los más pequeños agarrándolos por la nuca. Mis hermanos y yo corrimos hasta nuestra madre, chillando, asustados al ver que ella lo estaba.

Unos potentes rayos de luz nos deslumbraron. Procedían del agujero; también de allí procedían los ruidos:

—¡Dios! ¡Aquí hay como un millón de gatos!

No tenía ni idea de qué era lo que originaba esos ruidos, ni de por qué nuestro cubil estaba lleno de esas luces deslumbrantes. Hasta mí llegaba el olor de una criatura diferente. Estábamos en peligro. Y eran precisamente esas criaturas que no veíamos lo que constituía el peligro. Mi madre jadeaba y tenía la cabeza gacha mientras retrocedía; todos nosotros procuramos seguirla torpemente mientras, con débiles chillidos, le suplicábamos que no nos abandonara.

—Déjame ver. ¡Oh, Dios, míralos!

—¿Va a ser un problema?

—Sí, esto es un problema.

—¿Qué quieres hacer?

—Tendremos que llamar al exterminador.

Podía distinguir una diferencia entre el primer grupo de ruidos y el segundo, una variación en la altura y el tono, aunque no estaba seguro de qué significaba.

—¿No podemos envenenarlos nosotros?

—¿Tienes algo en el camión?

—No, pero puedo conseguirlo.

Mi madre continuaba negándonos el consuelo de sus mamas. Tenía los músculos del cuerpo tensos, las orejas aplastadas sobre la cabeza y dirigía toda su atención a la fuente de

esos ruidos. Yo quería mamar para saber que estábamos a salvo.

—Bueno, pero si hacemos eso, tendremos a todos esos gatos muertos por todo el vecindario. Son demasiados. Si solamente fueran uno o dos, vale; pero esto es una colonia entera.

—Tú querías terminar la demolición a finales de junio: eso no nos deja mucho tiempo para deshacernos de ellos.

—Lo sé.

—Mira, ¿ves los cuencos? Alguien ha estado alimentándolos.

Los haces de luz se juntaron para iluminar con fuerza un punto del suelo justo dentro del agujero.

—Vaya, genial. ¿Qué demonios le pasa a la gente?

—¿Quieres que intente averiguar quién es?

—No. El problema se terminará cuando los gatos desaparezcan. Llamaré a alguien.

10 Las luces barrieron la zona por última vez y luego se apagaron. Oí el sonido de la tierra removida y unos fuertes pasos, mucho más fuertes que las silenciosas pisadas de los gatos. Poco a poco, la presencia de esas criaturas nuevas desapareció; los gatitos fueron retomando el juego, felices otra vez. Estuve mamando con mis hermanos y luego me fui a ver a los gatitos de Mamá Gato. Como era habitual, cuando la luz del día que se colaba por el agujero cuadrado empezó a apagarse, los gatos adultos salieron; durante la noche los oía regresar; a veces, notaba el olor de la sangre de la pequeña presa que traían a sus crías.

Cuando mi madre iba a cazar, no se alejaba mucho de los grandes cuencos llenos de pienso que estaban justo delante del agujero cuadrado. Percibía el olor a comida en su aliento, que olía a pescado, a plantas y a carne: me preguntaba cómo sería su sabor.

Fuera lo que fuera lo que había provocado ese pánico, ya había desaparecido.

Y

Me encontraba jugando con los incansables gatitos de Mamá Gato en el momento en que nuestro mundo se vino abajo. Esta vez la luz no fue un único rayo, sino una explosión atronadora que hizo que todo se hiciera brillante.

Los gatos salieron corriendo, aterrorizados. Y yo me quedé paralizado sin saber qué hacer.

—Prepara las redes. ¡Cuando escapen, lo harán todos a la vez!

Tres seres enormes se movían detrás de la luz. Eran los primeros humanos que veía en mi vida, pero ya había oído a otros; en ese momento, me di cuenta de que nunca había visto cuál era su aspecto. Al verlos entrar en el cubil sentí que una parte de mí los reconocía: me sentí extrañamente atraído hacia ellos y deseé correr en su busca. Pero las voces de alarma de los gatos me hicieron permanecer inmóvil en mi sitio.

11

—¡Tengo uno!

Oí que un gato macho maullaba y bufaba.

—¡Jesús!

—¡Cuidado, acaban de escapar dos!

—¡Diablos! —oí que decían fuera.

Me encontré separado de mi madre y empecé a buscarla por el olor entre los gatos. De repente, sentí unos afilados dientes en la nuca y me quedé quieto. Mamá Gato me arrastró hacia el fondo, hacia la oscuridad; me llevó hasta una grieta que recorría la pared de piedra. Me apretó por ella hasta meterme en un espacio estrecho y pequeño; luego me dejó con los gatitos y se enroscó con nosotros. Los gatitos estaban en un silencio absoluto, obedeciendo a Mamá Gato. Yo me tumbé con ellos en la oscuridad y escuché a los humanos, que hablaban entre sí.

—¡Aquí hay un montón de cachorros!

—¿Bromeas? ¡Eh, atrapa a ese!

—Dios, qué rápidos son.

—Vamos, gatito, no te haremos daño.

—También está la madre perro.

—Está aterrorizada. Cuidado que no te muerda.

—No pasa nada. Todo irá bien, chica. Vamos.

—Gunter no dijo nada de perros.

—Tampoco dijo que habría tantísimos gatos.

—Eh, chicos, ¿los estáis atrapando con las redes ahí fuera?

—¡Es difícilísimo! —gritó alguien desde fuera.

—Vamos, perrita. ¡Maldita sea! ¡Cuidado! ¡Ahí va la madre!

—¡Jesús! ¡Vale, ya tenemos al perro! —dijo la voz de fuera.

—Aquí, cachorro, aquí. ¡Son tan pequeños!

—Es más fácil que con los malditos gatos, eso seguro.

Oíamos todo ese ruido sin comprender qué querría decir.

12 Por un momento, nuestro espacio dentro de la grieta se vio iluminado por la luz, pero el olor de los humanos no llegó hasta nosotros. Poco a poco, el olor del miedo y de los gatos fue desapareciendo, al igual que los sonidos.

Al final, me dormí.

Al despertar, mi madre no estaba. Mis hermanos y hermanas no estaban. La concavidad en el suelo donde habíamos nacido y donde nos habían amamantado todavía conservaba el olor de nuestra familia, pero, al olerlo, tuve un sentimiento de vacío que me hizo lloriquear.

No comprendía qué había sucedido, pero los únicos gatos que quedaban eran Mamá Gato y sus gatitos. Frenético, buscando respuestas y seguridad, corrí hacia ella llorando de miedo. Ella había sacado a los gatitos de dentro de la pared y se habían apretado encima del pequeño cuadrado de tela que era su casa. Mamá Gato me examinó cuidadosamente con su

hocico negro. Luego se enroscó a mi alrededor y, siguiendo el olor, empecé a mamar. La sensación en la lengua era nueva y extraña, pero necesitaba nutrirme y sentir calor. Así pues, me alimenté, agradecido. Al cabo de un momento, los gatitos hicieron lo mismo.

A la mañana siguiente, unos cuantos gatos macho regresaron. Se acercaron a Mamá Gato, que les bufó en señal de advertencia; luego se fueron a su zona a dormir.

Más tarde, cuando la luz del agujero ya había sido muy brillante y empezaba a apagarse, percibí el olor de otro ser humano, un ser humano diferente. Ahora que ya reconocía la diferencia, me di cuenta de que ya había notado ese olor antes.

—¿Gatita? ¿Gatita?

Mamá Gato nos dejó repentinamente solos en nuestro cuadrado de tela. El súbito frío que sentimos con su ausencia nos estremeció, así que nos amontonamos los unos sobre los otros formando una montaña de gatos y un perro. La observé ir hacia el agujero, pero no se acercó del todo, sino que se quedó a cierta distancia, suavemente iluminada por la luz exterior. Los gatos macho estaban en alerta, pero no se acercaron al humano.

—¿Eres la única que queda? No sé qué ha pasado, no estaba aquí, pero hay huellas en la tierra, así que sé que eran camiones. ¿Se llevaron a todos los otros gatos?

El humano entró por el agujero, bloqueando momentáneamente la luz. Era un hombre: lo sabía por el olor, aunque no sería hasta más adelante cuando comprendería la diferencia entre un hombre y una mujer. Parecía un poco más grande que los primeros humanos que había visto.

Volví a sentir la atracción hacia ese ser, un deseo inexplicable en mí. Pero el recuerdo del miedo que había sentido el día anterior me impidió alejarme de mis hermanos gatos.

—Vale, ya os veo. ¿Cómo conseguisteis escapar? Y se han llevado los cuencos. Muy bien.

Oí el sonido como de algo crujiente: de inmediato, el aire se llenó con un delicioso olor a comida.

—Aquí tienes un poquito para ti. Voy a buscar un cuenco. Y un poco de agua, también.

El hombre retrocedió arrastrándose por el suelo. En cuanto hubo desaparecido, los gatos se precipitaron hacia la comida y la devoraron.

14 Percibí que esa misma persona se acercaba mucho antes que los gatos, como si ellos no fueran capaces de identificar su olor cada vez más fuerte. Los machos reaccionaron, pero, al verlo reaparecer por el agujero, corrieron a esconderse a su rincón. Solo Mamá Gato permaneció allí. El hombre empujó un cuenco con comida dentro, pero ella no se acercó: simplemente se limitó a mirar. Percibía su tensión y sabía que estaba preparada para salir huyendo en cuanto él intentara capturarlos tal como habían hecho los otros humanos.

—Aquí tienes un poco de agua. ¿Tienes gatitos? Parece que estás dando de mamar. ¿Se han llevado a tus gatitos? Oh, minina, lo siento mucho. Van a derribar estas casas para construir un edificio de apartamentos. Tú y tu familia no os podéis quedar aquí, ¿vale?

Al final, el hombre se marchó y los gatos adultos volvieron a acercarse a la comida con cautela. Mamá Gato regresó con nosotros; le olí el hocico, pero, cuando fui a lamérselo, ella se apartó bruscamente.

La luz cambiante que se colaba por el agujero cuadrado marcaba el paso del tiempo. Llegaron más gatos: unos cuantos que habían estado viviendo con nosotros antes, así como una nueva hembra cuya aparición provocó una pelea entre los machos, que observé con mucho interés. Dos de los combatientes se quedaron tanto tiempo abrazados que la única señal de que no se habían dormido eran los latigazos que daban con las co-

las. Era un gesto que no tenía nada que ver con la felicidad, sino con la angustia. Luego se separaron, se agacharon contra el suelo, juntaron los hocicos casi hasta tocarse y empezaron a emitir unos sonidos que no parecían de gato en absoluto. Otra pelea consistió en que un macho se tumbó de lado y empezó a abofetear al otro, que estaba de pie encima de él. El que estaba de pie le daba golpes en la cabeza al gato que estaba tumbado, que respondía con una rápida serie de zarpazos.

¿Por qué no se ponían todos sobre las cuatro patas y se atacaban? Ese comportamiento, aunque resultaba estresante para todos los que estábamos en el cubil, parecía totalmente absurdo.

Aparte de con Mamá Gato, no tenía ninguna relación con los adultos, que se comportaban como si yo no existiera. Me dedicaba a jugar con los gatitos, luchando, trepando y persiguiéndolos durante todo el día. A veces les gruñía, irritado por su forma de jugar: me parecía que, de alguna manera, no lo hacían bien. Yo quería trepar a sus grupas y mordisquearles el cuello, pero parecía que ellos no le encontraban la gracia y se quedaban inmóviles cada vez que los tiraba al suelo o me lanzaba encima de ellos. A veces se aferraban a mi hocico o me golpeaban la cara con esas garras afiladas y diminutas que se me clavaban por todas partes.

Por la noche echaba de menos a mis hermanos. Añoraba a mi madre. Había construido una familia, pero me daba cuenta de que los gatos eran distintos a mí. Tenía una manada, pero era una manada de gatos, y eso no parecía estar bien. Me sentía inquieto e infeliz y, a veces, daba rienda suelta a mi angustia lloriqueando. En esos momentos, Mamá Gato me lamía y, de alguna manera, me sentía mejor, pero las cosas no eran como deberían haber sido.

Casi cada día ese hombre venía a traer comida. Mamá Gato me castigaba con una rápida bofetada en el hocico si intentaba acercarme a él; aprendí las reglas del cubil: no debíamos dejar-

nos ver por los humanos. Ninguno de los otros felinos parecía interesado en acercarse a esa persona, pero yo sentía un creciente deseo de que él me tocara. Cada vez me resultaba más difícil seguir aquellas leyes.

Cuando Mamá Gato dejó de darnos de mamar, tuvimos que acostumbrarnos a comer la comida que traía el hombre. Esta consistía en unos trozos de algo seco y sabroso; a veces, en pedazos de carne. Cuando me hube acostumbrado al cambio, eso resultó ser mejor para mí: hacía tanto tiempo que estaba constantemente hambriento que ya me parecía que esa era una condición natural en mí, pero ahora podía comer hasta llenarme y beber tanta agua como fuera capaz. Comía más que todos mis hermanos gatitos. Y era mucho más grande que cualquiera de ellos, a pesar de que ninguno se mostraba impresionado por mi tamaño: ellos continuaban negándose a jugar como se debiera; en general, se dedicaban a darme zarpa-

16

zos en el hocico. Cada vez que ese ser humano aparecía por el agujero, imitábamos a nuestra madre y nos escondíamos; pero si no aparecía, nos encantaba ir hasta el límite del agujero y disfrutar de los variados aromas que entraban de fuera. A veces, Mamá Gato se iba durante la noche. Yo me daba cuenta de que los gatitos querían ir con ella. A mí me atraía más la idea de salir de día, pero sabía que Mamá Gato me castigaría con solo intentarlo.

Un día, ese hombre (cuyo olor ya me resultaba tan familiar como el de Mamá Gato) apareció por el agujero haciendo ruidos extraños. Percibí que había otros seres humanos con él.

—Normalmente se esconden en el fondo. La madre se acerca un poco cuando traigo comida, pero no permite que la toque.

—¿Hay alguna otra forma de entrar, además de esta ventana?

Había sido una voz diferente; los olores que la acompaña-

ban también eran distintos. Eran los de una mujer. Sin darme cuenta, meneé la cola.

—No creo. ¿Cómo lo haremos?

—He traído estos guantes para protegernos; si te quedas aquí con la red, podrás atrapar a todo gato que intente escapar. ¿Cuántos hay?

—Ahora no lo sé. Hasta hace poco, era evidente que la hembra estaba amamantando; pero si hay gatitos, no salen durante el día. Un par más, no sé de qué sexo. Antes había muchísimos, pero supongo que el constructor los ha hecho desaparecer. Van a tirar todas estas casas para levantar un edificio de apartamentos.

—Nunca conseguirían un permiso de demolición si hay gatos sin dueño viviendo aquí.

—Probablemente por eso lo hicieron. ¿Crees que les habrán hecho daño a los que atraparon?

—Mmm, vale, bueno, no hay ninguna ley que impida atrapar y acabar con los gatos que viven en tu propiedad. Quiero decir, que podrían haberlos llevado a algún centro de acogida, supongo.

—Había un montón. Toda esta propiedad estaba repleta de gatos.

—La cuestión es que no he oído que haya aparecido un gran número de gatos en ninguna parte. La comunidad protectora de animales hace piña, hablan mucho entre ellos. Si unos veinte gatos hubieran aparecido de repente, me habría enterado. ¿Estás bien? Eh, lo siento, quizá no debería haber dicho nada.

—Estoy bien. Es solo que me gustaría saber qué va a pasar.

—Pero hiciste bien en llamarnos, Lucas. Encontraremos buenos hogares para todos los gatos que haya aquí. ¿Preparado?

Ya me había aburrido con todos esos ruidos monótonos, por lo que me había ido a jugar con los gatitos cuando me di

cuenta de que Mamá Gato se ponía tensa y que un escalofrío de alarma le recorría el cuerpo. Tenía la mirada clavada en el agujero y daba latigazos en el aire con la cola. Había aplastado las orejas contra la cabeza. La miré, curioso, sin hacer caso del gatito que se tiró contra mi hocico, me arañó y salió corriendo.

Entonces se encendió una luz brillante y comprendí su miedo. Mamá Gato corrió hacia la pared posterior, abandonando a los gatitos. La vi colarse sin hacer ruido por la grieta justo en el momento en que dos seres humanos entraban por el agujero. Los gatitos daban vueltas, confundidos; los gatos machos corrieron hacia la parte posterior del cubil, muertos de miedo.

La luz recorrió las paredes y se posó sobre mí.

—¡Eh! ¡Aquí hay un cachorro de perro!